

EL MENTIDERO



DE LA VILLA DE MADRID

Nº 914 | Martes, 11 de Junio de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✦ **La ignorancia como agravante**, Manuel Parra Celaya
- ✦ **La presidenta en la sombra**, Juan Van-Halen
- ✦ **Un nuevo fracaso de Sánchez**, Francisco Marhuenda
- ✦ **Las urnas europeas no indultan a «Barrabés» Sánchez, que pierde su pulso con Feijóo**, Francisco Rosell
- ✦ **Ayudar a Europa**, Fernando Sabatee
- ✦ **Así protege Pedro Sánchez a Begoña Gómez: 6 años de silencio, ayudas y complicidad**, Antonio R. Naranjo
- ✦ **No pudieron hacerlo mejor, de Augusto Bruyel; Pólogo**, José Miguel Andrade Cernadas



La ignorancia como agravante

Manuel Parra Celaya

En esta mediocridad política manifiesta, unida a uso y abuso de la demagogia, está el origen de la ignorancia presente en una cierta parte de los ciudadanos

Por supuesto que no me voy a referir a la ignorancia invencible, esto es, aquella que muestran algunas personas cuyo percentil cae por debajo de la media ni las que, desgraciadamente, no han tenido oportunidad de mejorar su instrucción y permanecen en un nivel de conocimientos escasamente elemental. Y tampoco –Dios me libre de echar leña al fuego de la discordia y el *frentismo*– reiterando en estas líneas la mediocridad de los políticos al uso, que bastante pena tienen ellos y sus electores para que encima nos encarnicemos con sus estupideces.

Es necesario, sin embargo, hacer una salvedad en este punto: en esta mediocridad política manifiesta, unida a uso y abuso de la demagogia, está el origen de la ignorancia presente en una cierta parte de los ciudadanos, esos que se limitan a repetir los eslóganes y consignas de los partidos, ya convertidos en latiguillos, lugares comunes, tópicos o falsedades; habría que explicar que el *pensamiento crítico* ha desaparecido o tiende a desaparecer en ámbitos extensos de

la sociedad española. No obstante, este *pensamiento crítico* no suele caerse de la pluma ni de la dogmática de los gurús de la Innovación Pedagógica, sin tener en cuenta, como afirma Gregorio Luri, que «*sin instrucción no hay pensamiento crítico (...). La crítica sin rigor tiene mucho de capricho*», pues «*la mejor manera de disponer de un pensamiento crítico es esforzarse por ejercitar el pensamiento riguroso*».

El nivel de esa *instrucción* o Enseñanza ha caído en picado en nuestras aulas y se han ido eliminando de los currículos educativos las materias que, o bien obligan a pensar, como la Filosofía, o bien promueven el conocimiento de nuestro pasado, como la Historia; las Humanidades están a la baja; incluso, se van menospreciando aquellos elementos instrumentales que inciden en la comprensión y expresión de las ideas, como la Gramática, la Sintaxis y la Ortografía, como se ha podido comprobar en las instrucciones dadas en Cataluña en concreto para evaluar las pruebas de Selectividad. En todo caso –dicen– se trataría de «*contenidos culturales poco relevantes*». Hay quienes sostienen que todo obedece a una estrategia para disponer de poblaciones más sumisas, compuestas por los que denomino *ignorantes vocacionales*, para distinguirlos de los expuestos al principio.

Hablamos del *ignorante vocacional*, es decir, el que, además de ser privado del acceso a la cultura por decisiones *institucionales*, hace gala de ello y se considera suficientemente *informado* sin el menor deseo de *formarse*; en consecuencia, hace ostentación de su escaso o nulo repertorio de base cultural y utiliza profusamente descalificaciones inflexibles ante lo que le sorprende, desconoce o contra dice; no se apean de su boca los terribles apelativos de *fascista, homófobo, racista, supremacista* o, en el caso de las chicas introducidas en el ambiente *woke, heteropatriarcal*.

Por ejemplo, en el último *show* protagonizado por el supuesto cómico Javier Caravaca, al hacer frente (es un decir) a un padre indignado por la odiosa y burda manipulación pedófila acerca de su hijo por parte del mencionado *humorista*, se ha podido comprobar, a poco que se atiende a las tertulias televisivas, esa abundancia de adjetivación peyorativa por parte de los *expertos*, incluyendo, por supuesto, los aspavientos de horror ante la *violencia* y la apelación a la suprema virtud de la *tolerancia*.

(Piensen los lectores en su interior –el pensamiento no delinque– cuál hubiera sido su reacción en caso semejante; por mi parte, aun siendo de natural pacífico a ultranza, supongo que no me hubiera conformado con el par de quantazos que se vieron ante las cámaras escandalizadas).

Pero me estoy apartando del tema central... El *ignorante vocacional* no apela a su condición inconfundible, ni hace propósito de enmienda alguno, y siente en su interior, gozosamente, aquella condición que Ortega asignaba al hombre-masa: no sentirse diferente de los demás. Ni siquiera recurre –por desconocimiento– a la tesis de Carl Schmitt de que lo propio de una opción política no son las ideas que se defienden, sino la clasificación del *otro* como amigo o enemigo; a nuestro ignorante la basta con lo que *ha escuchado* y de esta manera no duda en la desautorización absoluta o demonización a quien le lleve la contraria, usando de los tópicos más arriba citados.

Como ya expliqué una vez en estas páginas, suele ser contundente y desconcertante para el ignorante vocacional una respuesta, a la vez inocua y profunda: *mientras no me llames lo que eres tú...*

Nuestro ignorante vocacional es, evidentemente, *carne de urna*, dicho sea con el menor menosprecio hacia el noble arte de depositar un voto ciudadano en cada comicio que se convoque; quiero decir que acude al colegio electoral como quien va a una cruzada contra el infiel, y mira de soslayo a otros ciudadanos como si quisiera adivinar en ellos las opciones contrarias a la suya.



Para finalizar, añadamos que el *ignorante vocacional* suele abundar mucho más en los territorios tocados de nacionalismos soberanistas; allí *pone en valor* (como dicen los modernos) sus filias y sus fobias, ajenas a cualquier conocimiento de la realidad y pletóricas de visceralidad. Se trata, por supuesto, de un auténtico diálogo de sordos cualquier intento de razonar con él.



La presidenta en la sombra

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Begoña Gómez parece una mujer con mando en plaza, capaz de asistir a un mitin en medio de una tormenta mediática y jurídica sólo para que la jaleen junto a su marido como satisfacción por tantos disgustos

Mirando alrededor no hemos avanzado demasiado desde mi anterior columna, salvo en la campaña electoral de las europeas que se ventilarán mañana y que, en honor a la verdad, nunca supusieron un referente para el ciudadano al menos en España. Mañana será la excepción y sus resultados se analizarán con lupa. Más allá de la entrada de Irene Montero, salvavidas para poder mantener el casoplón, y lo que consiga Yolanda Díaz en sus últimos episodios al servicio de su amo, porque acabará padeciendo lo que ella hizo padecer a tantos, la cuestión candente será el resultado que consigan PP y PSOE. Los partidos suelen alardear en sus previsiones. La realidad modera sus euforias.

Sánchez es políticamente un resistente. Lo dijo él mismo en un libro que le escribieron. Es capaz de cualquier ocurrencia. En la última semana sorprendió al personal con una nueva carta sobre sus cuitas y su amor conyugal. Ya casi habíamos olvidado la carta anterior, previa a su retiro para reflexionar sobre un tema que presentó como incógnito y luego nos enteramos que ya conocía. Esta vez no hay sorpresa: asegura que continuará en Moncloa pase lo que pase. No está dotado para la literatura epistolar.

Patxi López, siempre en primer tiempo de saludo, produjo un silencio y un desplante. El silencio negándose reiteradamente a responder a la pregunta de un periodista acreditado en el Congreso porque no le gustó; además dijo que él sólo contestaba a periódicos. Todo ha cambiado mucho. En mi tiempo de informador parlamentario esa grosería hubiese llevado al abandono de la sala por los periodistas. Recuerdo cuando pusieron sus cámaras a los pies de Aznar por un tema mucho menor. Esta vez nadie dijo ni pío y el inteligente Patxi –es una ironía– «fuese y no hubo nada».

Patxi, el hombre que fue lendakari gracias a los votos del PP nunca agradecidos –otra ingenuidad–, se refirió, también en el Congreso, a Begoña Gómez como «presidenta del Gobierno» ante un grupo de periodistas que en este caso tampoco abrieron la boca. Menuda sorpresa: Begoña Gómez presidenta y nada menos que en palabras del portavoz del sanchismo, antes PSOE. Tras darle vueltas al tema he llegado a alguna conclusión. En esta locura que vivimos no me parece disparatada.

¿Y si los observadores estuviésemos errados? Begoña Gómez parece una mujer con mando en plaza, capaz de asistir a un mitin en medio de una tormenta mediática y jurídica sólo para que la jaleen junto a su marido como satisfacción por tantos disgustos. Puente, ese ministro tan dulce y educado, comentaba la normalidad de que el matrimonio que reside en Moncloa, salga y pasee por las calles. Pero Sánchez elude el contacto con la gente. Siempre le abuchean. No le veo muy popular, aunque se conforme con los aplausos desde su lado del muro que ha creado.

No dejo de preguntarme si la presidenta realmente es Begoña Gómez. Podría serlo, iniciativa tiene. Acaso aporta la idea inicial, aconseja cómo enfrentarse a los problemas, se ocupa de las

relaciones especiales de su marido, y, como en muchas familias, lleva las cuentas. De ahí la inquietud y el nerviosismo de Sánchez. Esos emparejamientos con protagonismo femenino se han dado no poco en política. Nicolae Ceausescu y Elena en Rumanía, Mao Zedong y Jiang Qing en China, Néstor Kirchner y Cristina en Argentina, Bill Clinton y Hillary en Estados Unidos, y Daniel Ortega y Rosario en Nicaragua...

Todas las intervenciones de Sánchez desde hace semanas están ligadas al «caso Begoña», que utiliza como parapeto. Habla y sólo insulta. Me pregunto qué habrá detrás. Porque haberlo haylo. Mira que se ha hablado de Begoña Gómez, y la protagonista no ha dicho una palabra, y Sánchez no ha dado la más mínima explicación, con lo fácil que hubiese sido aclarar las dudas. Ataca a todos, esparce su fango que achaca a otros, pero no aclara lo que, por su silencio, tendrán que aclarar los jueces. Y por encima del calado penal, lo que no tiene duda es que las prácticas conocidas no son éticas ni estéticas. ¿Y si la que manda es Begoña? ¿Y si la ambiciosa es ella? ¿Y si detrás de las grandes decisiones de Sánchez, incluso su vuelta a la política tras su abandono forzado, está Begoña?

Y Sánchez ha mentido, nada nuevo. Señaló que era una regla no escrita no irrumpir con una resolución judicial en una campaña electoral. Falso. El juez Baltasar Garzón actuó en plena campaña electoral en el «caso Bárcenas». Y sus ministros reiteran que Manos Limpias es un espantajo de ultraderecha, y olvidan que la izquierda y el sanchismo, antes PSOE, jalearon a esa supuesto extrema derecha cuando llevó a los tribunales a Urdangarin, porque era yerno del Rey Juan Carlos. Sánchez ha acusado y desprestigiado a los jueces; un presidente de Gobierno lesionando gravemente a uno de los Poderes del Estado. Mentiras y cinismo; es lo que hay; explicaciones, cero.

No me quito de la cabeza las doctas palabras de Patxi López sobre Begoña. Acaso fue un desliz, como a quien se le escapa un secretillo. Begoña, la presidenta en la sombra.



Un nuevo fracaso de Sánchez

Francisco Marhuenda (*La Razón*)

Catedrático de Derecho Público e Historia de las Instituciones (UNIE).

«Feijóo ha ganado las elecciones y ha conseguido subir 9 escaños.

Le saca cuatro puntos al PSOE.

El mensaje no puede ser más claro»

El sanchismo ha intentado sin éxito minimizar o esconder la clara derrota que sufrió Sánchez. Les preocupaba que hubiera sido mayor y que provocara el fin de la legislatura y, por supuesto, de sus cargos y sus chollos. Los análisis de la izquierda mediática fueron excéntricos, aunque no voy a negar que resultaban voluntariosos e imaginativos dentro de la desesperación ante un escenario desfavorable. Hay que recordar que es una derrota muy importante del gobierno de coalición. Entre los aliados, es bueno recordar que ERC paga, una vez más, su papel como monaguillo de La Moncloa. En breve lo serán de Illa. Al PSC le ha ido bien, como era previsible, con un 30% de los votos, aunque también al PP, dentro de sus expectativas, con casi un 14%. Este dato es muy importante para que Feijóo no olvide que su enemigo es Sánchez y el PSOE.

No tiene que abandonar la línea dura contra Sánchez si quiere llegar a La Moncloa y se tiene que olvidar de los consejos de una izquierda mediática que no quiere que lo consiga. Este mismo criterio lo tiene que aplicar con los cantos de sirena de la derecha acomplejada siempre dispuesta a equivocarse en sus análisis y que le gusta pedir pactos con el PSOE. Aznar y Rajoy ganaron en 1996 y 2011 con una oposición contundente y rechazando cualquier tipo de acuerdo con los socialistas. Nunca hay que olvidar quién es el enemigo y que ahora lo es, además, de la

convivencia y la defensa de la Constitución. El PP no puede alcanzar ningún acuerdo con un líder anegado por los escándalos de corrupción y que ha emprendido una campaña contra los jueces y los medios de comunicación. Feijóo ha ganado las elecciones y ha conseguido subir 9 escaños con respecto a 2019. Le saca cuatro puntos al PSOE. El mensaje no puede ser más claro, pero Sánchez comienza ahora su vía crucis sin una mayoría sólida en el Congreso. No cuenta con Puigdemont que se convertirá este lunes en un peligroso enemigo. Ni siquiera la sumisión de ERC, si le regala la presidencia de la Generalitat a Illa, le servirá para impedir una legislatura agónica. Ha fracasado en Europa, ya que ha girado claramente al centro derecha y le pararán los pies a su populismo.



Las urnas europeas no indultan a «Barrabés» Sánchez, que pierde su pulso con Feijóo

Francisco Rosell (*Vozpópuli*)

«¡Vamos a acabar con la corrupción! ¡Vamos a legalizarla!». Todo ello después de que su jefa de animadoras y ministra de Hacienda, María Jesús Montero, hija de los ERE, rayara la afonía con sus vítores de «Begoña, Begoña»

Con tu rival sacándote cuatro puntos y volviéndote a ganar otra elección general, sin merma de sufragios para sus eventuales socios a la hora de llegar al Palacio de la Moncloa, sólo «Barrabés» Sánchez puede pensar que las urnas europeas de este 9-J han indultado tanto a él como a su señora, Begoña Gómez, de los escándalos que le acechan. Sin embargo, pese a una derrota más acusada que la que acaeció en las generales y haber perdido su pulso con Núñez Feijóo, este revés no le supone un naufragio merced al haber resistido asido a la boya que le provee una extrema izquierda a la que ha dejado sin bandera ni pancarta. Claro que cuenta a su favor con la incapacidad cuasi congénita del partido ganador para dejarse arrebatar sus legítimos triunfos frente a quienes, con su maña para retorcer las cosas y ponerlas del revés, pueden presentar lo blanco como negro y la derrota como victoria con la contribución de su engrosado equipo de opinión sincronizada municionado con el fondo de reptiles gubernamental. Como expone uno de los protagonistas de Banderas de nuestros mayores, de Clint Eastwood, incluso a la terrible crueldad de una guerra hay que darle un sentido y «necesitamos una verdad fácil de entender y muy pocas palabras». «Con la foto adecuada –le aclara al hijo de uno de los héroes que plantaron la bandera norteamericana en Iwo Jima– puedes ganar o perder una guerra. Fíjese en Vietnam. La imagen de aquel oficial sudvietnamita volándole los sesos al pobre chaval. Pum. Y se acabó. La guerra estaba perdida. Nos quedamos más tiempo para disimular». Sin duda, Feijóo dispone desde anoche de una gran instantánea si no se la deja arrugar.

Con demasiada frecuencia, diríase que el PP persigue con denuedo una piedra en la que tropezar camino del colegio electoral rompiendo el cántaro y esparciendo por el suelo muchas de sus expectativas. A ello, claro, se agrega la antedicha destreza del PSOE para el enredo y para que el PP se quede paralizado como el ciempiés que, al ser interpelado para que explique cómo hacía para mover todas sus patas a la vez, no solo no atina a expresarlo, sino que, desde ese instante, no puede reemprender el camino al olvidársele como andar. Sánchez no se va a caer por su propio pie si el PP no adopta una resolución firme porque la táctica de hacerse el muerto para luego dar el arreón final y alzarse triunfador sólo le sale bien al Real Madrid de Ancelotti.

No obstante lo cual, tras la amarga victoria de los comicios generales, este triunfo vale para Feijóo su peso en oro frente a quien aspiraba a amnistiar por adelantado su corrupción familiar y de partido. No en vano, al despertar de este 9-J, el «Begoñagate» seguirá presente como el

dinosaurio del relato de Monterroso, por más que Sánchez crea que pueda engañar a todo el mundo todo el tiempo. Sin olvidarse, claro, de cómo puede afectar a lo que queda de legislatura su relación con unos socios que retroceden a su lado y que están en un tris de diluirse. Por ejemplo, esta misma tarde con la constitución de la Mesa del Parlamento de Cataluña y en la resolución que ERC adopte en torno a Salvador Illa, así como se lama las heridas el prófugo Puigdemont.

Así, tras consagrar la victoria de los apologetas del terrorismo etarra y del golpismo catalán para poder ser presidente del Gobierno, Sánchez ha perseguido a calzón quitado convertir este 9-J en un referendo por el que, mediante el enaltecimiento y enardecimiento de la corrupción, escapar bien librado del atolladero de escándalos que acechan a él y a su señora, así como al PSOE por mor de la «trama Koldo» y otras ramas del mismo árbol podrido. Si los bilduetarras y los sediciosos se han despachado para sí indultos tácitos o amnistías expresas a cambio de aupar a primer ministro a quien carecía de sufragios propios bastantes para tal rango, Sánchez ha buscado trabucar este 9-J en un respaldo personal para exonerarse de los procesos judiciales en marcha sin aguardar al veredicto de los jueces. Una impunidad por encima de leyes y magistrados que le va a costar con este desenlace de las urnas.

En base al apotegma «vox populi, vox dei», acariciaba legitimar sus desmanes y acelerar sus planes de demolición de la democracia representativa para reemplazarla por una autocracia aclamativa en la que el «conductor» sería Dios sobre la tierra. De ahí que, de la mano de la política espectáculo, transmutara esta cita con las urnas en un remedo de un programa de tele-realidad como «Sálvame» para el común rescate de «Begoña y yo» de modo que los votantes resolvieran en la misma dirección que los judíos hace más de 2.000 años absolviendo a Barrabás (en su caso, Barrabés, el empresario clave del «Begoñagate»). Sin embargo, la absolución de «Barrabés» Sánchez deberá hibernar.

Sin duda, queda en vía muerta su afán de secundar a otros sátrapas que anduvieron esa vía con pueblos esclavos gritando «¡Vivan las cadenas!» ante el felón de Fernando VII o abrazando a sus ladrones como los argentinos con un Perón (luego con el matrimonio Kirchner y sus mangancias) al que coreaban con balido de corderos: «Putero y ladrón, queremos a Perón». Así, en la España sanchista, sus turiferarios se jactan de disponer de «un puto amo», mientras mercadean pulseras con el lema «Bego free» a favor de quien captaba fondos mediante el explícito correo electrónico «Bego.frunder».



Es lo que sucede cuando se impone lo que el insigne intelectual mexicano, Gabriel Zaid, define como «verdad por afiliación», esto es, «tengo razón por declararme de izquierdas, en vez de serlo por tener razón». Mediante la exacerbación de la polarización y de la crispación, así como por la negación del que piensa diferente en un supremacismo ideológico tan nefando como el biológico, surgen masas fanatizadas indulgentes con los infectos hasta los extremos groseros que se vivieron en los 40 años de régimen socialista en Andalucía o con la cleptocracia pujolista luego secundada por los «hereus» del virrey catalán.

Por eso no fue baladí que Sánchez escogiera el miércoles último la Andalucía de los ERE para su impúdico ensalzamiento de la degradación en presencia de dos imputadas como su esposa y la del líder autonómico del PSOE, Juan Espadas, y en la que sólo le faltó exclamar a grito pelado: «¡Vamos a acabar con la corrupción! ¡Vamos a legalizarla!». Todo ello después de que su jefa de animadoras y ministra de Hacienda, María Jesús Montero, hija de los ERE, rayara la afonía con sus vítores de «Begoña, Begoña», como si se tratara de Eva Perón expuesta al culto de sus descamisados.

Reavivando sus horas de meritorio en los platós televisivos a los que acudía para negar las iniquidades que condenaron a los expresidentes Chaves y Griñán, así como una recua de más de 40 altos cargos, Sánchez tuvo el cuajo de poner a una de las penadas, la exconsejera de Hacienda y luego ministra de Fomento, Magdalena Álvarez, como ejemplo de socialista víctima del

«vil ataque de la derecha durante muchos años como Begoña». Ni aprenden ni escarmentan. Incorregibles como los peronistas, al decir de Borges, con buena vista de ciego.

Cualquier cosa con tal de salvar el honor de los Kirchner de la Moncloa, una auténtica diarquía del poder, una sociedad de gananciales del negocio del poder, en la que Begoña Gómez será muda, pero no tonta. Si acaso es como la «dama boba» de Lope de Vega. Pasando por tal como el personaje del fénix de los ingenios, ha montado una red de negocios privados a la sombra de la Moncloa con la complicidad de su marido y presidente, tácita en unos casos y verbalizada en otros, pero siempre avalada a la hora de franquear puertas y otorgar mercedes ministeriales.

Pero ojo con Begoña Gómez. Mudita, si se quiere, pero no callada, de cuya familia ha vivido Sánchez toda vida y que le financió su carrera hacia la secretaria general del PSOE, así como lo sacó de la depresión de su defenestración y que luego lo empujó para que retornara a la pista sin por ello dejar de liarse a escobazos contra las advenedizas. Por eso, Sánchez evitó lo del «dos al precio de uno» que ensayara en su amago de dimisión. No ignora que los esposados del mitin de Benalmádena van juntos en el lote y no es cosa de jugar con el equívoco como González con Guerra cuando el primero prometió dimitir también si lo hacía su vicetodo forzado por el cacao de su «enmano» Juan para luego dejarlo en la estacada.

Los gobiernos mutan en bandas de ladrones

Si Sánchez se aplicara a sí mismo la vara de medir con la que atizó a Rajoy, a quien derribó sirviéndose de una tramposa deposición en una pieza del caso Gürtel para su moción de censura Frankenstein, ya no debiera haber afrontado esta cita europea como presidente, sino haber formalizado la renuncia con la que jugó para propulsar sus posibilidades en las elecciones catalanas. Al prescindir del Derecho, los gobiernos mutan en bandas de ladrones que delinquen del modo oprobioso que escarnece la actualidad.

Ni que decir tiene que este deterioro institucional origina la agonía de la democracia fiada a gobernantes que subvierten las reglas de juego al arribar al poder y que despliegan como suerte providencial –«baraka»– lo que no encierra otra cosa que valerse de cualquier trampa para aferrarse al mando. De momento, las urnas europeas no han indultado a «Barrabés» Sánchez que este 9-J ha perdido su pulso con un Feijóo al que le había pronosticado que lo derrotaría sin ambages.



Ayudar a Europa

Fernando Savater (el Subjetivo)

«España puede dar una lección negativa útil para los europeos desoyendo en las urnas a los que fomentan entre nosotros la desigualdad amnistiando delincuentes»

Podemos repetir el desplante de James Joyce cuando alguien le recordaba de modo conminatorio sus deberes para con Irlanda: «No pienso hacer nada por mi patria pero no me importaría que mi patria hiciese algo por mí». Con el mismo cinismo, pero menos ironía es lo que opinan bastantes españoles de su aportación a la Unión Europea. Nada de soportar exigencias, que somos un país soberano, pero vengan todas las ayudas posibles y hasta alguna imposible si se nos brinda la ocasión. Incluso los más sinceros europeístas entre nuestros compatriotas, con Ortega y Gasset a la cabeza, solo confían en que Europa solucione nuestro endémico problema nacional, pero para nada suponen que podamos o debamos ayudar a resolver los problemas europeos, que los hay y nada pequeños. Que de eso se ocupen los malnacidos burócratas de la Unión, excesivamente numerosos según la ignara apreciación popular aunque

haya menos que ejemplares de la misma especie en cualquiera de nuestras veneradas autonomías (sobre eso ha dado datos esclarecedores Francisco Sosa Wagner).

Por cierto, en esa postura desdeñosa coinciden los radicales de izquierdas y derechas, los que proclaman que nunca caerán en la trampa de las élites europeístas... Aunque caigan en todas las demás. Ahora que llega otro envite electoral al Parlamento Europeo, sería muy de agradecer –o por lo menos a mí me lo parece– que nos preocupásemos principalmente de lo que los españoles podemos hacer por la temblorosa Europa a la que voluntariamente (y también creo que por necesidad) pertenecemos, en lugar de fijarnos solo en lo que podemos sacar de ella.

Hoy la UE está amenazada por una guerra de expansión imperial indudablemente provocada por Rusia en Ucrania (aunque no sabemos hasta donde podría llegar si ganase esa primera etapa) pero aún más por la «comprensión por Putin» interesada de formaciones políticas convencionalmente catalogadas de izquierdas o derechas pero todas reaccionarias y radicalmente antieuropeas. España puede colaborar con los países europeos más responsables en no permitir que se abandone a Ucrania a su triste suerte, sino que se la mantenga en el centro de la agenda de la Unión porque es la UE la amenazada y no solo (ni quizá principalmente) Ucrania.

Otro gran problema es la inmigración desordenada e ilegal: la primera ayuda que podemos prestar sobre este tema es razonar que no solo se trata de una preocupación xenófoba de la extrema derecha. En efecto existe la xenofobia como también una patente imbecilidad de «tó er mundo es güeno» que funciona como su más peligroso combustible. Los países europeos deben ser hospitalarios dentro de lo sensato pero no suicidas: en beneficio de los propios inmigrantes es imprescindible que haya normas claras y rigurosas tanto de acogida como de rechazo. Hay que proteger nuestras leyes y pautas sociales porque eso es precisamente lo que hace deseables nuestros países a quienes se refugian en ellos: si aquí todo fuese explotación, crueldad e intransigencia, la gente emigraría a Arabia Saudí. Es digno ofrecer al que viene huyendo de un presente atroz la posibilidad de compartir las ventajas del nuestro pero sin que para ello sea necesario que renunciemos nosotros al mañana. Y al que aun así no deje de repetir la turra de la extrema derecha xenófoba, que le den. En Europa... Y en España.



Podemos ayudar a Europa aportando sensatez, no balando consignas del catecismo progre que con tanta asiduidad como candidez nos repiten Luis García Montero y otros en sus columnas didácticas. Las buenas intenciones, en el supuesto optimista de que lo sean, no equivalen a soluciones adecuadas. Por supuesto, despotricar motosierra en mano contra la justicia social es aún más nocivo: lejos de ser una invención del resentimiento, la justicia social es una garantía de seguridad pública de raigambre cristiana, es decir inequívocamente europea. Donde la justicia social es vista con recelo, como en EEUU, más vale llevar revólver.

Las sociedades europeas descubrieron el asistencialismo antes que el existencialismo. Defendamos nuestros principios y no renunciemos ni al individualismo ni a la solidaridad. También España puede dar una lección negativa útil para europeos desoyendo en las urnas el próximo domingo a los que fomentan entre nosotros la desigualdad amnistiando a unos cuantos delincuentes para asegurar en el poder a otros. Los que no defienden la unidad democrática de su país tampoco defenderán la europea: son partidarios de la limpieza étnica y la llevan allá donde van. Los españoles tenemos amplia experiencia del matonismo en política y podemos señalarlo bajo cualquier disfraz. Ayer gritaban «¡Franco, Franco, Franco!» y hoy «¡fango, fango, fango!» pero son los mismos abusones. Aunque al menos Franco no pedía que le votasen...

Las sociedades europeas descubrieron el asistencialismo antes que el existencialismo. Defendamos nuestros principios y no renunciemos ni al individualismo ni a la solidaridad. También España puede dar una lección negativa útil para europeos desoyendo en las urnas el próximo domingo a los que fomentan entre nosotros la desigualdad amnistiando a unos cuantos delincuentes para asegurar en el poder a otros. Los que no defienden la unidad democrática de su país tampoco defenderán la europea: son partidarios de la limpieza étnica y la llevan allá donde van. Los españoles tenemos amplia experiencia del matonismo en política y podemos señalarlo bajo cualquier disfraz. Ayer gritaban «¡Franco, Franco, Franco!» y hoy «¡fango, fango, fango!» pero son los mismos abusones. Aunque al menos Franco no pedía que le votasen...



Así protege Pedro Sánchez a Begoña Gómez: 6 años de silencio, ayudas y complicidad

Antonio R. Naranjo (*El Debate*)

Desde 2018 ha intentado ocultar las actividades de su mujer incluso cuando viajaba con él: una última prueba de El Debate evidencia que esa táctica llega hasta nuestros días

Quienes conocen bien a Pedro Sánchez y Begoña Gómez, sitúan hace 21 años el comienzo de su historia de amor, hoy en el epicentro de la polémica más extravagante que se recuerda en la crónica política española desde 1978: nunca antes la pareja del presidente del Gobierno había estado en el centro de una tormenta de dimensiones siderales.

Y nunca antes el presidente del Gobierno había encomendado su propio futuro al de su esposa, inmersa en una investigación judicial por delitos de corrupción en los negocios y tráfico de influencias de inciertas consecuencias. La pareja se conoció en casa de un amigo cuando Sánchez era un humilde aspirante a concejal del PSOE y se ganaba un nombre, poco a poco, en tertulias televisivas de todo pelaje.

Y ella, de origen bilbaíno, venía de una familia con recursos, obtenidos en el polémico sector de las «saunas de relax», el eufemismo utilizado para camuflar actividades económicas que hoy aspira a prohibir, paradójicamente, el Gobierno de Sánchez.

Dos hijas y dos décadas después, el matrimonio bien avenido se ha ganado a pulso ocupar el debate nacional con dos posturas bien enfrentadas: la de quienes ven en ellos a una pareja acosada por razones políticas y la de quienes, con retranca, les comparan con los Kirchner o los Ceausescu.

Pero más allá del «salseo», las dos preguntas que decantarán el futuro de ambos son sencillas. ¿Prosperó Begoña Gómez gracias a su posición, facilitando la complicidad del Gobierno con empresas y directivos que al mismo tiempo la contrataban o patrocinaban a ella y sus actividades, que tiene en la Universidad Complutense de Madrid una importante cabeza de puente? ¿Era consciente Sánchez de los movimientos de su esposa o permanecía al margen de todo?

La respuesta a ambas cuestiones está envuelta, todavía, en una densa nebulosa que poco a poco se irá despejando. Pero algo sí se puede afirmar: la protección de Sánchez a su esposa ha sido absoluta, incluso temeraria, como demuestra una circunstancia desconocida hasta ahora y que hoy revela *El Debate*.

Nada menos que la negativa de la Moncloa a aclarar, de manera escrita, si la esposa del presidente ha estado utilizando recursos oficiales y públicos para desarrollar esas «actividades privadas» tan íntimamente relacionadas con las de su esposo, el jefe del Ejecutivo que llegó al poder clamando por la «regeneración» de la vida política y ahora esconde si su mujer utilizó coche oficial, chófer y personal de la Administración para reunirse con Globalia, por ejemplo, la compañía rescatada con un chorro de millones aprobados por el Gobierno.

Hasta ahora, Sánchez se ha negado a dar explicaciones públicas sobre las sospechas que pesan en la trayectoria de su mujer, plagada de conexiones entre su «cátedra» y el Gobierno. Solo acude a los medios que Moncloa elige y deja fuera a aquellos otros que le resultan incómodos, sin más argumento que el de referirse a ellos como «maquinaria del fango».

Una estrategia similar a la que el chavismo implantó en Venezuela y que le ha llevado el PSOE a señalar a periodistas como el director de este periódico, Bieito Rubido, por expresar su opinión sobre el trágico final de su carrera política que le augura al actual presidente.

Ahora, tal vez por primera vez, practica esa opacidad de manera formal, negándose a aclarar preguntas clave trasladadas oficialmente por este periódico a la Moncloa sobre el apoyo concedido por la Presidencia a su esposa, investigada por el juzgado de Instrucción 41 de Madrid,

o sobre eventuales reuniones entre el propio Sánchez y el gran aliado empresarial de Begoña Gómez, Carlos Barrabés.

«Relación de recursos públicos utilizados por Begoña Gómez desde la toma de posesión del presidente del Gobierno en sus actuaciones profesionales privadas, incluyendo medios oficiales de transporte utilizados, consumos anuales de combustible del vehículo puesto a su disposición por tal razón, gastos de servicio realizado en sus actividades privadas, servicio de comunicaciones empleados y cualquier otro que haya sido satisfecho con fondos públicos por su condición de primera dama».

El elocuente silencio de Sánchez

Sánchez ha superado ya el mes concedido para responder, de una manera u otra, a las cuestiones planteadas por *El Debate*, que incluyen de manera expresa las reuniones «con directivos de la empresa Globalia, posteriormente rescatada por la SEPI con 475 millones de euros y sus reuniones con Víctor de Aldama, comisionista de la denominada trama de las mascarillas, los días 24 de junio y 16 y 24 de julio de 2020». Y su respuesta ha sido el silencio, ya recurrido por este periódico en las instancias legales oportunas.

La negativa de Sánchez a responder a todo adquiere mayor relevancia, si cabe, en el contraste entre sus ataques y acusaciones a los medios de comunicación y la pulcritud de las informaciones que revelan las actividades de Gómez, respaldadas por documentos públicos obtenidos de la propia Moncloa y de la Administración.

Igualmente, el presidente Sánchez se ha negado a explicar si mantuvo reuniones en la propia Moncloa con el empresario Carlos Barrabés, a instancias de Begoña Gómez. Este periódico ha solicitado de Presidencia que aporte una «Relación de encuentros oficiales mantenidos en el Palacio de la Moncloa entre el presidente y el empresario Carlos Barrabés, motivos de tales encuentros y relación de las personas que acudieron». Nuevamente la respuesta es el silencio.

El origen de todo

Es difícil sostener, con todo ello, la teoría de que Begoña Gómez actuaba sin dar explicaciones o que Sánchez no se enteraba de nada. La realidad es que, desde el primer momento, el matrimonio funcionó como una organización familiar perfectamente engrasada: la imagen de ambos viajando en el Falcon a un concierto de The Killers, en el verano de 2018, estrenó un modus operandi que muy poco tiempo después se elevó al plano político.



Sucedió cuando Begoña Gómez se empotró literalmente en un viaje oficial de su marido a los Estados Unidos, sin previa comunicación de la Moncloa, en septiembre de 2018. Acababa de ser nombrada directora del África Center, un organismo creado exprofeso para ella por el Instituto de Empresa, y se marchó junto a Sánchez a hacer las Américas, sin que nadie comunicara las actividades previstas para ella, envueltas en el misterioso epígrafe de «agenda privada» al margen de los compromisos institucionales en los que sí compareció junto al presidente del Gobierno.

No se conoce qué más hizo allí Begoña Gómez, pero sí una vez más la actitud protectora de su esposo, que clasificó todos los detalles de la expedición como «secreto de Estado» para, entre otras cosas, ahorrarse dar detalles sobre su mujer.

Algo que se repitió, casi con mimetismo, cuando salió del África Center sin dar demasiadas explicaciones de las causas para ponerse al frente de una «cátedra extraordinaria» de la Universidad Complutense, también creada ad hoc para ella. En esos tiempos, curiosamente Sánchez desarrolló una intensa «agenda africana» con Kenia, Senegal o Ghana, con viajes en los que también participó Begoña Gómez con una fórmula similar a la estrenada en la expedición a los Estados Unidos.

La cátedra en cuestión, a la que accedió sin acreditar méritos académicos y sin control de los órganos de dirección durante al menos dos ejercicios, como reveló este periódico, volvió a repetir ese curioso esquema que hace coincidir los planes y objetivos de Gómez con decisiones de su marido y un manto de ocultismo posterior sobre todo ello.

Porque tras la «agenda africana», sobre la que el PP llegó a preguntar formalmente a Sánchez en el Congreso, vinieron las adjudicaciones y rescates a empresas y directivos con los que la mujer del presidente mantenía tratos comerciales, con casos ya documentados con Globalia o Barrabés, uno cliente de la cátedra y el otro asociado a la misma. Y en ambos casos beneficiarios de adjudicaciones millonarias de contratos públicos o de ayudas sin precedentes, que figura en el informe provisional enviado por la UCO al juez Juan Carlos Peinado, responsable del caso.

De nada de ello ha querido hablar nunca Sánchez, utilizando incluso una Ley promulgada por Franco para intentar convertir todas sus actividades, en compañía de Gómez a menudo, en «información clasificada». Y una vez más recurre a una fórmula similar para esconder si los negocios de su mujer se sirvieron de recursos públicos para prosperar.

Pero el silencio, esta vez, provoca más ruido que nunca: el caso de Begoña Gómez está en un juzgado de Instrucción de Madrid y ocupa espacio prioritario en los pocos medios de comunicación que no se abonan a esa especie de «omertá» exigida por el presidente del Gobierno.

Un «hombre enamorado», tal vez, pero también mudo: cuando desapareció cinco días ya sabía que su esposa tenía la condición de investigada para el juez. Y ahora, prefiere no aclarar si se servía de recursos públicos para desarrollar su controvertida agenda, bajo la lupa ya de los juzgados.



No pudieron hacerlo mejor

Alfonso I el Batallador / Urraca I de León / Obispo Diego Gelmírez

Augusto Bruyel

Doctor en Filosofía y Ciencias de la Educación, Catedrático en Lengua Castellana y Literatura

Todos saben que la unión de los reinos de Aragón y Castilla, gracias al matrimonio entre los reyes Fernando e Isabel, resultó fundamental para poner fin a la Reconquista. Pero quizá muchos no sepan que casi ¡cuatro siglos antes! ya se habían unido la mayor parte de los territorios cristianos peninsulares. El matrimonio entre el aragonés Alfonso I el Batallador y Urraca I, la reina de León, había conseguido ensamblar nada menos que Aragón y Navarra con León, Galicia, Castilla y Portugal. Es cierto que todos eran territorios más pequeños, pero no cabe duda de que la Reconquista pudo haberse acertado algunos siglos.

¿Qué pasó, entonces?

En este libro se exponen las razones principales del fiasco de aquella unión.

Durante el corto período de unos cincuenta años comprendido entre las dos últimas décadas del siglo XI más las primeras del XII siguiente son muchas las situaciones trascendentales que se dan en los reinos cristianos de la Península Ibérica. Tanto en relación con el mundo musulmán, en el que sobresale el poderío almorávide, como de los señores cristianos entre sí.

De estos últimos destacan tres figuras: Alfonso I el Batallador, el cual participa de manera señalada en la reconquista de casi todo el Aragón actual; Urraca I, la notable (aunque un poco olvidada) reina de León que tuvo al rey aragonés por segundo marido; y Diego Gelmírez, el egregio obispo que tan vinculado estuvo de una u otra manera con los dos personajes anteriores y que tanto hizo por su diócesis compostelana.

Adjudicándose la facultad de entrar en el pensamiento de esos tres personajes principales, Augusto Bruyel irá entrelazando de tres en tres los capítulos, al tiempo que va exponiendo no sólo cuanto de señalado realizó cada uno de ellos, sino también las razones, las disculpas, los reproches... que ellos mismos podrían haber manifestado a los otros dos sobre ciertos actos significativos de uno u otro.

Prólogo

José Miguel Andrade Cernadas

Catedrático de Historia Medieval, Universidad de Santiago de Compostela

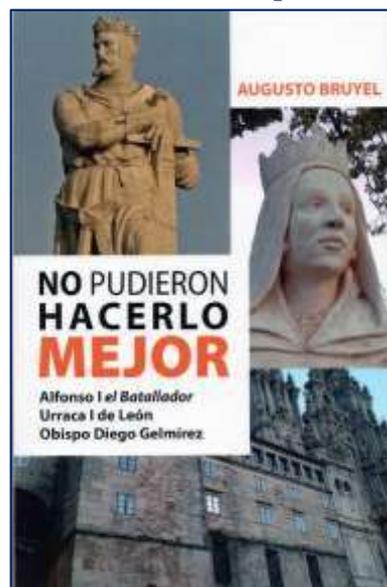
Hace tiempo que la escritura de la historia no transita por los derroteros de las biografías de los grandes personajes. Esto es tan cierto como que hay una serie de personas cuyas vidas pueden resultar una síntesis de los tiempos en los que esos individuos han vivido. Hablar, como hizo Voltaire en su día, del siglo de Luis XIV no es, por tanto, un enfoque carente de sentido histórico.

Augusto Bruyel es ya un veterano autor de novelas históricas. Tras fijarse en Alfonso VIII o en Sancho Garcés III, recurre para esta novela no a uno sino a tres personas que ejemplifican, en muchos aspectos, la compleja realidad política de la España de los años finales del siglo XI y del primer tercio del siglo XII. Dos reyes y un prelado. El poder, y la autoridad, visto en las dos caras que adoptaba en la época medieval: el laico y el eclesiástico.

Uno de esos monarcas fue, además, una mujer. En efecto, la figura de la reina Urraca sirve para visualizar muchas de las realidades históricas más veces olvidadas en favor de los tópicos dominantes. El papel de muchas mujeres de estos siglos dista mucho de ser el de unas personas relegadas al ámbito doméstico y conventual y plenamente sometidas a la autoridad masculina, tal y como se suele imaginar. Capaces de disponer de una parte de la herencia familiar semejante a la de los varones, competentes para fundar monasterios o, y he aquí el caso que más nos interesa, autónomas para gobernar castillos, mandaciones e, incluso, Estados.

Casi contemporáneas de Urraca son la emperatriz Matilde, hija de Enrique I de Inglaterra, y *domina anglorum* a lo largo del dilatado conflicto civil que la enfrentó con Esteban de Blois. O la archiconocida Leonor de Aquitania, duquesa de ese inmenso principado de la Francia meridional, esposa de Luis VII de Francia y, posteriormente, de Enrique II Plantagenet, monarca inglés y, curiosamente, nuera de Matilde. Durante sus años como reina de Francia e Inglaterra, ejerció un papel político y cultural innegable. Siendo importante el papel político jugado por ambas, es mucho más relevante el desarrollado por Urraca. En efecto, después de ejercer como condesa de Galicia, primero en compañía de Raimundo de Borgoña y, tras la muerte de éste, en solitario, se convirtió en heredera al trono de León en los últimos meses del reinado de su padre Alfonso VI. Es cierto que, para ello, hubo de fallecer su hermanastro Sancho (único hijo varón de Alfonso VI que llegó a edad adulta). Además, hay que tener en cuenta que, prácticamente, se vio forzada a contraer un nuevo matrimonio ya que se entendía que una mujer no podía reinar en solitario.

Pero, sin olvidar ambas cuestiones, la realidad es que Urraca gobernó autónomamente durante la mayor parte de su reinado. Pese a la abierta misoginia desplegada contra ella por los cronistas de su época, los historiadores de hoy, principalmente Portela y Pallares, entienden que su reinado fue absolutamente equiparable al de cualquiera de sus predecesores o sucesores del sexo masculino en el trono. Urraca reinó con errores y aciertos, con éxitos y con fracasos, pero con plena autoridad y ejerciendo el poder en las mismas condiciones que los otros monarcas de la época. No quiero dejar de señalar que la reina fue la primera mujer en ejercer el gobierno de un reino en la Europa Occidental en la Edad Media.



El segundo de los monarcas que protagoniza la obra de Bruyel es Alfonso I de Aragón. Efímero marido de Urraca, pero –sobre todo– un paradigma de los reyes belicosos que menudearon en la época. Si Urraca nos sirve para ejemplificar el poder y el peso de algunas mujeres en el mundo medieval, la figura del Batallador nos acerca a la guerra como actividad que, tanto política como económicamente, ocupaba un espacio trascendental en muchas de las fases de nuestra historia medieval. Alfonso I fue el responsable de la primera gran expansión territorial del, hasta ese momento, pequeño reino de Aragón, sentando las bases de su futura consolidación como uno de los Estados más importantes de la Península en la Edad Media. Es curioso el hecho de que su llegada al trono fue, de algún modo, fortuita e inesperada, como lo fue la de su esposa Urraca o la de su hermano y sucesor, Ramiro el Monje. En unos siglos en los que el sistema sucesorio no estaba claramente determinado, el azar jugaba más papel del esperado.

Tampoco muchas de las fuentes de la época dibujan con simpatía al Batallador. Por ejemplo la *Historia Compostelana*, la misma crónica que define el gobierno de Urraca como «mujeril y tiránico», traza un semblante del rey aragonés como el de un hombre irascible, extremadamente violento y misógino. No podemos saber hasta qué punto es cierto esta semblanza, pero los redactores de la crónica gelmiriana no tenían el menor aprecio por el soberano aragonés.

Sea como fuere, el perfil biográfico del conquistador de Zaragoza no puede quedar bien cubierto si tan solo aludimos a su faceta bélica y a su supuesto carácter violento. Como muchos de los monarcas de la época (por ejemplo, la propia Urraca), Alfonso I fue también un activo promotor de la vida urbana y de la reordenación, humana y económica, de los territorios de sus reinos.

Si Urraca y el Batallador fueron denostados por la *Historia Compostelana*, todo lo contrario ocurrió con el tercero de nuestros protagonistas: Diego Gelmírez. No en vano hablamos del comitente y promotor de la obra, escrita, en lo esencial, a su mayor gloria. El poder de la Iglesia y su consideración como primera autoridad de la Cristiandad, en especial en la época de la que hablamos, posiblemente no encuentre, en el ámbito hispánico, un personaje que encarne ambas dimensiones mejor que él. Obispo de «báculo y ballesta», señor temporal de uno de los dominios más extensos del mundo peninsular, constructor de un ambicioso proyecto que pretendía convertir a Compostela en el patriarcado de Occidente, adalid de los nuevos aires clericales y culturales impulsados desde Roma y desde Francia, activo y cambiante partícipe en los grandes asuntos políticos de su tiempo... Con razón hay quien piensa que, como decíamos al principio, Gelmírez encarna el espíritu del siglo XII.

La relación del primer arzobispo compostelano con Urraca fue muy larga en el tiempo y llena de altibajos. La del soberano aragonés, corta, intensa y no sabemos si de mucha intimidad, con la reina leonesa. Breve, líquida y traumática con el prelado gallego. Un trío que, en cualquier caso, se interrelacionó en los planos personales, políticos y vitales durante una parte de comienzos del emblemático siglo XII.

A estos tres personajes, y a estas tres personas, dedica esta fascinante novela Augusto Bruyel. A través de ellos logra dibujar muchos de los acontecimientos y momentos clave de esos años. Cualquiera interesado en un acercamiento a esta época disfrutará y aprenderá con esta obra de Bruyel.